

«La resistencia de no dejar de dibujar produce dibujos»

-Coincidimos en su exposición *Epipheno-nema*, en *Miscelánea*. ¿Qué es un epifenómeno?

—Es un fenómeno secundario que se produce a raíz de uno primario.

-¿Un ejemplo?

—A la exposición vinieron muchos colegas. Cuando me felicitaban, les decía: «Yo soy epifenómeno tuyo». Los sitios son las personas, y estas me influyen en lo que hago. Barcelona es mis bandas de música, es mi pareja. Tus circunstancias, con quién estás... hacen que hagas cosas. De hecho, más que dibujante prefiero decir que soy hacedor de cosas.

-Es su primera exposición.

—Y forma parte de un proceso de hacer ahorra y aquí. Tal y como estamos, hay que dejar de ser abstracto y ser forma. En mi caso, dejo de acarrear los dibujos y los coloco en un sitio, aunque este sea efímero.

-Llegó de Venezuela...

—No, vine de Madrid hace seis años. En Madrid estudié Bellas Artes durante ocho años con el orgullo de haber renunciado.

-El acento es venezolano.

—Me vine a los 17 años. A los 15 le dije a mi madre que iba a recorrer todas las embajadas europeas... Me dijo: «Suerte con las embajadas, pero tienes a una abuela en Madrid». Mis abuelos son madrileños, de Vallecas.

-¿No los conocía?



TANIA MORELL

Pablo Romero

Se define como «hacedor de cosas», pero nunca ha dejado el dibujo. Hasta se inventó una caligrafía.

POR
Catalina Gayà



—Sí. Tenía 10 años cuando regresaron a España. Su historia es la de los inmigrantes retornados. Se fueron a Venezuela durante la posguerra. Él era boxeador, *El Guapo de Vallecas*. Se conocieron en el metro y se fueron con 24 y 22 años. En Venezuela mi abuelo era siderúrgico, y mi abuela, joyera.

-¿Trabajaba en una joyería?

—Sí, y la historia de Venezuela que yo he recibido ha sido la que me ha contado mi abuela, y esta se configura como un entramado novelesco de políticos y militares, recaderos y chóferes y amantes... Tendrá que contársela mi abuela, porque es su historia y ella es un ser bellísimo. Mi familia venezolana... ■

-Espere, hablemos de usted.

—Le cuento y verá. Mi abuelo por parte de padre era el hijo de la mano derecha de Juan Vicente Gómez, el primer dictador venezolano. Lo enviaron a estudiar a Suiza y hablaba ocho idiomas. Terminó siendo un abogado muy reconocido por la burguesía caraqueña. Fue agregado cultural en Washington hasta que un día, en un desahucio, hubo algo que para él no era honroso y lo mandó todo al carajo.

-Me atrapó. Siga, por favor.

—Dijo que nunca más volvería a las leyes y se dedicó a la pintura... El tipo fue pintor: trabajaba con resinas y materiales cristaloides y, después de 10 u 11 años de carrera, se hizo pastor de iglesia. El caserón enorme que había comprado siendo abogado se convirtió de *atelier* a iglesia cristiana evangélica. ¡Empezaron a brotar hippies! Y siguió con la escultura.

-¿Arte sacro?

—¡Esculturas psicodélicas! Tiene un trabajo increíble.

-¿Y la abuela?

—Se convirtió en todoterreno. Montó un taller de cerámica en la casa y mis primeros trabajos fueron en ese taller, con el barro.

-¿Vivía ahí?

—Casi toda la familia vivía ahí. Mi madre trabajaba en el taller. Era una casa freudiana, estábamos hablando de cristianos, músicos, pintores... En mis recuerdos, esa casa se mezcla con los dibujos de la infancia.

-Es epifenómeno de todo ello. ¿Nunca ha dejó de dibujar?

—Cuando dejé Bellas Artes, tenía tres trabajos, pero desarrollé una especie de caligrafía como ejercicio. Hoy sigo utilizando esa caligrafía para cubrir superficies. La resistencia de no dejar de dibujar produce dibujos. ■